

---

TIEMPO DE MEMORIA

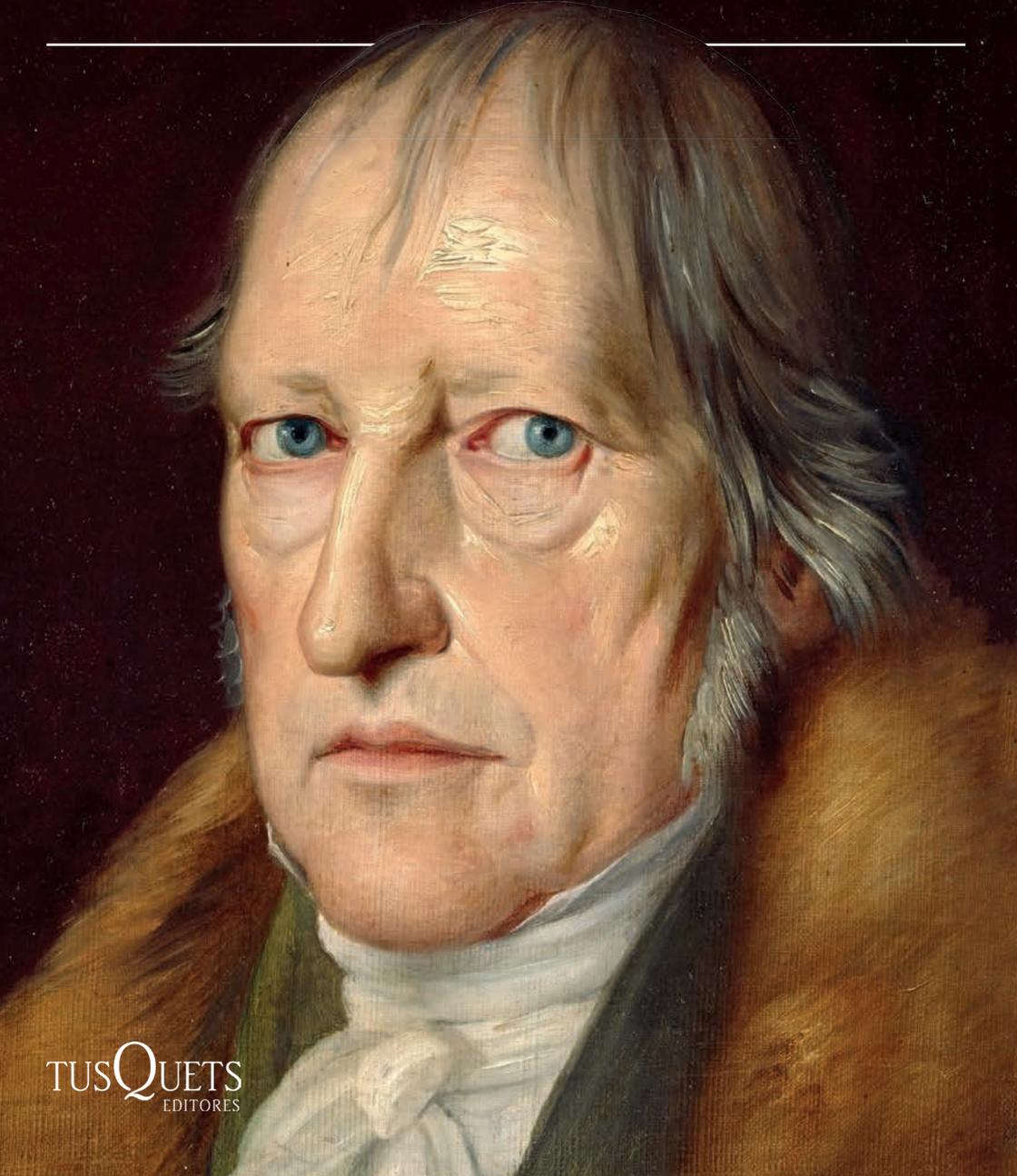
---

Jacques D'Hondt

# HEGEL

El último filósofo que explicó la totalidad

---



TUSQUETS  
EDITORES

JACQUES D'HONDT  
HEGEL

Traducido del francés por Carlos Pujol

Título original: *Hegel*

1.ª edición: abril de 2002

1.ª edición en esta presentación: enero de 2021

© Calmann-Lévy, 1998

© de la traducción: Carlos Pujol, 2002

Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal 662-664, 08034 Barcelona

ISBN: 978-84-9066-839-9

Depósito legal: B. 6.772-2020

Fotocomposición: Foinsa - Passatge Gaiolà, 13-15 - 08013 Barcelona

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

# Índice

Prefacio .....	11
1. Un entierro excepcional .....	13
2. Nacimiento de un filósofo .....	29
3. El <i>Stift</i> .....	47
4. La Revolución .....	61
5. Un criado .....	77
6. La correspondencia de Hegel .....	95
7. Eleusis .....	109
8. Francfort .....	133
9. Jena .....	151
10. El hijo natural .....	175
11. Baviera .....	189
12. Heidelberg .....	213
13. Berlín .....	237
14. Los protectores .....	257
15. El compromiso .....	273
16. El doble lenguaje .....	315
17. El monarca hegeliano .....	339
18. El asunto Cousin .....	353
19. <i>Ultima verba</i> .....	369
20. Caras de un pensamiento .....	381
Apéndices	
Notas .....	385
Índice onomástico .....	403

# 1 Un entierro excepcional

Ya se había levantado el telón y yo aún esperaba.

Baudelaire, *El sueño de un curioso*

Hegel lo toma todo al revés. El fin, dice, no es el fin, sino que es al mismo tiempo el comienzo.

De hecho, si se comprende su muerte se entiende mucho mejor el sentido de su vida. Por lo tanto, es preferible empezar por el final. Las exequias de Hegel ofrecieron aspectos enigmáticos. La mayoría de los contemporáneos no lo advirtieron, o, en todo caso, se abstuvieron de hablar abiertamente de ellos. Sólo algunos íntimos de Hegel pudieron observarlos, al menos de forma parcial.

Las solemnes exequias del filósofo se celebraron el 16 de noviembre de 1831. Había muerto dos días antes. La viuda y los dos hijos legítimos siguieron el coche fúnebre, tirado por cuatro caballos, acompañados por una inmensa multitud de universitarios y estudiantes.

Con tanta gente enlutada se reconocía la grandeza del personaje al que iban a enterrar, la riqueza y la amplitud de su doctrina. Presentían para ella una gloria secular. Eran conscientes de la pérdida que acababa de sufrir la Universidad de Berlín, la filosofía alemana y Prusia, aunque aún no se dieran cuenta de que la filosofía clásica había alcanzado con él una cima de la que a partir de entonces ya sólo era posible bajar. Hegel había «hecho época», según una de sus expresiones favoritas, y se llevaba toda una época al sepulcro.

Algunos le habían tratado día a día y recordaban su aparente llaneza, su sencillez, la seguridad de su juicio, su gusto por la conversación. Sin embargo, ignoraban que bajo esa imagen, tan brillante y cordial, se ocultaban otros rasgos de carácter y la huella de unos hechos y de unas acciones cuya revelación les hubiera sorprendido mucho. Cada uno de ellos sólo conocía una parcela de su verdadera personalidad, y un recuerdo parcial de este pasado.

Todos estaban consternados. La noticia de la muerte de Hegel se difundió por Berlín con la rapidez del rayo teniendo en cuenta las circunstancias. La epidemia de cólera empezaba a remitir, pero aún causaba numerosas víctimas. La gente se cuidaba mucho de salir, de reunirse con los amigos, si es que había tenido el valor de no huir de la capital.

Al principio, para escapar al peligro del contagio, la familia Hegel se refugió en el campo, como muchas otras, durante el verano. En otoño, ya de regreso, Hegel reanudó sus clases, aparentemente con buena salud. Un domingo por la mañana se sintió indispuesto y se canceló una invitación que habían hecho a unos amigos. Como el mal se agravaba, llamaron a unos médicos que al comienzo se mostraron optimistas: no era el cólera. No tardaron en cambiar de opinión, para diagnosticar enseguida el terrible mal, que se dispusieron a combatir con tratamientos que hoy nos parecen irrisorios. Dos días después, por la noche, el enfermo expiró sin sufrimientos, en una especie de letargo.

### *La última batalla*

¿Murió Hegel verdaderamente del cólera? Sólo conocemos las circunstancias de su muerte y de su entierro por el único relato que su viuda hizo inmediatamente después en una carta a la hermana del filósofo (R 422-242). Es más, el primer biógrafo de Hegel, Rosenkranz, tan sólo nos transmitió lo que según él «pertenece al mundo», es decir, suprimió una parte. Esta omisión no puede ser más lamentable; nos gustaría saber lo que la señora Hegel prefirió ocultar al «mundo».

Si esa carta se hubiese perdido ignoraríamos los propios hechos, todos o casi todos. Según esa descripción, la viuda del filósofo pregunta a su cuñada: «Dime, ¿hubieras reconocido en esos síntomas uno solo que fuera del cólera?». Está claro que duda de la validez del diagnóstico: «Los médicos identificaron la enfermedad como cólera, y, para ser más precisos, como una especie de cólera que destruye la vida interior con una extremada violencia, sin síntomas externos. Cuál era su aspecto interno, ellos no lo vieron».

¿Se tiene derecho a testificar algo cuando no se ha visto?

En casos concretos la declaración de cólera ofrecía demasiadas ventajas: no atraía sospechas. Permitía librarse del cadáver discretamente. Se le transportaba en una carreta con los otros muertos hasta la fosa común del cementerio especial, sin cortejo fúnebre, de noche, y como se decía ya, con una fórmula que más tarde adquiriría una resonancia aún más siniestra: «*bei Nacht und Nebel*»... de noche y con niebla.

El cólera «sin síntomas externos» hace imposible cualquier rectificación posterior, y permite las decisiones inmediatas más arbitrarias. De todas formas, Hegel mantiene hasta en la muerte las características de su naturaleza íntima: la ambivalencia y la vacilación. Tenía amigos fieles, incluso en el ambiente de las altas esferas del Estado, entre esos funcionarios prusianos que él admiraba tanto..., y sobre todo el consejero Schulze, a quien la señora Hegel, con gran presencia de ánimo, hizo llamar a tiempo, y que le asistió, solo con ella, en los últimos momentos.

Los biógrafos no han comentado los términos, precisos y bien medidos, de la carta de la viuda. Lo dice sin ambages: la autorización de las exequias «normales» sólo se obtuvo después de «luchas indecibles» (*nach unsäglichen Kämpfen*) (R 424) entre los que querían que se le diera sepultura rápidamente y a escondidas, y los que deseaban una verdadera ceremonia fúnebre. Algunos esperaban borrar lo antes posible el recuerdo de Hegel; otros, por el contrario, se proponían mantener y propagar su filosofía. Se impusieron estos últimos, pero no sin antes hacer concesiones, de las que hay rastros en la manera como se desarrollaron las exequias: se autorizó el conjunto, pero se regatearon mezquinamente los detalles; no se quería que aquel acontecimiento, aceptado a pesar de importantes y fuertes resistencias, fuera muy sonado. Pero adquirió una dimensión inesperada, barrió las menguadas restricciones, y desplegó toda su grandeza con singularidades discordantes. Así había vivido el filósofo, y así murió.

Según la señora Hegel, el entierro se autorizó como «primera y única excepción» (R 424) al reglamento administrativo del cólera. La lucha en torno al cadáver de Hegel fue enconada. Los amigos sólo triunfaron por muy escaso margen. Los enemigos no descansaron hasta encontrar el desquite.

El primero –evidente para los que estaban un poco bien informados– fue la dimisión del prefecto de policía de Berlín, exigida de inmediato por el rey. Von Arnim, que finalmente había concedido la autorización, fue también víctima a su manera de la epidemia, que no había sabido manejar según el criterio real.<sup>1\*</sup>

En la esquila mortuoria hubo que renunciar a cualquier alusión a la epidemia, dado que las exequias la excluían. Pero en el cementerio los oradores, que sin duda no estaban del todo en el secreto, la evocaron vagamente, una torpeza entre otras.

Como el cambio de actitud de la administración no se efectuó inmediatamente, la comisión del cólera empezó procediendo según las

\* Los números voladitos remiten a las notas del final del libro. (*N. del E.*)

normas. Clausuró el piso de Hegel, que fue ahumado y desinfectado de acuerdo con los procedimientos de la época. El propio filósofo había analizado tiempo atrás en su obra el significado filosófico de atroces epidemias.<sup>2</sup> A comienzos de siglo se multiplicaban. Los berlineses podían relacionar la muerte de Hegel con la de Fichte, su ilustre predecesor en la Universidad de Berlín, muerto en 1814 víctima del tifus, y junto al cual, ya en 1818, Hegel expresó la voluntad de ser inhumado: dos apestados enterrados uno al lado del otro.

En general, respecto a la vida y a la muerte de Hegel los historiadores prefieren no asombrarse de nada. No obstante, hay algo que llama mucho la atención: el hecho de que ni el terror unánime ni la prudencia más elemental no impidieron que los amigos de Hegel acudieran a la casa mortuoria apenas conocieron la noticia. Le demostraban así un apego excepcional cuyas manifestaciones persistieron a lo largo de las exequias.

El 16 de noviembre, profesores y estudiantes de todas las facultades –no únicamente de Filosofía– se reunieron en el vestíbulo de la universidad, donde uno de los mejores amigos de Hegel, el pastor Marheinecke, entonces rector de la universidad, pronunció la primera alocución.

Luego se formó una impresionante comitiva que emprendió el camino a la casa mortuoria, y después, acompañando los restos mortales de Hegel, continuó hasta el famoso «cementerio de los franceses». Los biógrafos no conceden mayor importancia a un detalle que sin embargo es significativo: la señora Hegel no deja de informar a su cuñada de que había «una fila innumerable de coches» y «un cortejo de estudiantes tan largo que se perdía de vista» (*der unabsehbare Zug der Studenten*) (R 424). Esta extraordinaria afluencia de gente algo significa. En 1831, como en el curso de los años precedentes, en Berlín la situación política era muy tensa, agravada por conflictos filosófico-religiosos. Los estudiantes, como grupo claramente visible, se oponían radical y ruidosamente al rey y al gobierno, que respondían a esta hostilidad con una represión brutal, ciega, desmesurada.

Si los estudiantes se reunieron en tan gran número como homenaje a Hegel a pesar del cólera y de la policía, es porque tenían profundas razones para venerarlo, y dada la situación política y judicial de Prusia sólo los entierros ofrecían la ocasión de manifestarse públicamente.

En la entrada del cementerio los estudiantes formaron una larga hilera de honor al paso del cortejo fúnebre. Les permitieron blandir antorchas, según la costumbre, pero –siempre tenía que haber alguna restricción– se les prohibió encenderlas, y tuvieron que contentarse

con envolverlas con crespones negros. En el momento de entrar en el cementerio entonaron un cántico que, lamentablemente, ignoramos cuál fue. Todo delata la premeditación y los acuerdos previos. El prefecto de policía no supo ni preverlo ni impedirlo, y fue castigado.

La agitación de los estudiantes contestatarios turbó con frecuencia los últimos años de la vida de Hegel. El filósofo se mezcló temerariamente en esas cuestiones, preocupándose por sus problemas. Todos los testimonios nos los presentan decididos, combativos, sectarios. Se trata de una rebelión juvenil que excluye todo conformismo y todo compromiso. Esos estudiantes no hubieran honrado de manera tan entusiasta a un hombre que, con razón o sin ella, considerasen su enemigo, ni siquiera a un profesor indiferente a su causa, por grande que fuese su notoriedad académica o científica.

El significado de esta presencia multitudinaria queda corroborado por ausencias que podrían llamarse espectaculares: ningún miembro del gobierno, ni siquiera el que protege eficazmente a Hegel, asiste a la ceremonia, y desde luego tampoco ningún miembro de la corte (no cabía ni pensar siquiera en el príncipe real, muy hostil, ni en el propio rey, celoso del menor indicio de atención concedida a uno de sus súbditos). Las «autoridades» no dieron el pésame de rigor, al menos que se sepa, ni expresaron las menores condolencias, aunque fuese hipócritamente, por la desaparición del llamado «filósofo de la monarquía absoluta prusiana». De hecho, esta súbita desaparición no podía más que regocijarles en muchos aspectos, por lo que se sabe de su estado de ánimo.

La familia de Hegel advirtió otras ausencias, éstas más dolorosas: la del hijo natural, que acababa de morir en Batavia, sin que la noticia hubiese llegado aún a Europa, y por lo tanto sin que su padre la hubiese conocido; la de la hermana del filósofo, que vivía demasiado lejos de Berlín, y a la que además se la consideraba loca; pero la carta que la señora Hegel le dirige, larga, detallada, llena de confianza, mueve a interrogarse sobre la naturaleza exacta y sobre la gravedad real de esta «locura».

A un observador atento todo esto le hubiera dado que pensar. La sorpresa aumentaba a cada paso. Y se hubiera sentido todavía más sorprendido escuchando los discursos, sobre todo el segundo.

El pastor Marheinecke fue el primero en tomar la palabra, en el paraninfo de la universidad, y, como era de esperar, no hizo más que expresar sus sentimientos cristianos.

Para apreciar el alcance real de estos hechos conviene tener presente que en aquella época nadie los evocó públicamente, excepto

Gans, el discípulo predilecto, el pensador de agrio carácter, en una oración fúnebre controlada por la censura.<sup>3</sup> Es significativo que el único homenaje público y por escrito que se rindió a Hegel fuese obra de un judío, militante eminente de la causa judía en Berlín, liberal, republicano, sansimoniano. Por lo mismo, el silencio de los demás resulta más elocuente. Los pocos personajes que consignaron por escrito sus reflexiones, en cartas o en sus memorias, no las divulgaron, y sólo se publicaron tardíamente. A nosotros nos corresponde ahora encontrarlas e interpretarlas, a costa de dificultades y no pocas incertidumbres.

Afortunadamente, no tardó en editarse una versión de los discursos,<sup>4</sup> pero diversos indicios hacen sospechar que no sea exacta. La principal dificultad de interpretación estriba en el hecho de que los dos oradores de aquel día no tenían la menor posibilidad de expresar opiniones que pudieran ser hostiles al régimen político establecido y a la ideología dominante, de los que puede decirse que en realidad eran adversarios, o al menos críticos severos. Además, uno y otro ignoraban aspectos importantes de la vida de Hegel, o bien eligieron no aludir a ellos por imposición, prudencia o decoro.

La participación de Marheinecke parecía obligada. Se necesitaba a un pastor para enterrar a un filósofo que nunca había dejado de proclamarse luterano. Por otra parte, cualquier otro entierro que no fuera cristiano –o judío– era en esta época imposible e incluso impensable. Marheinecke era al mismo tiempo rector de la universidad y colega de Hegel. Nadie más indicado.

No obstante, aunque Marheinecke no tuviera miedo, no puede decirse de él que fuera irreprochable. Desde luego, era pastor. Pero pastor hegeliano, adepto al idealismo especulativo contra el cual las autoridades religiosas, que hasta entonces lo miraban con mucho recelo, no iban a tardar en mostrarse condenatorias. Amigo de Hegel hasta el punto de convertirse en enemigo de sus enemigos (se opondrá violentamente a las doctrinas de Savigny y de Schelling), también va a ser amigo de sus amigos, por ejemplo del judío liberal Eduard Gans, «convertido» oficialmente al cristianismo, pero sospechoso, vigilado y perseguido.

La mayoría de sus oyentes conocían su amistad con Hegel y con Gans. Su actitud intelectual característica se confirmará posteriormente en la oración fúnebre que pronuncia ante la tumba de Gans, en 1839.<sup>5</sup> Lachmann (profesor de filología en la universidad, 1793-1831), hablará de Marheinecke con un odio tan grosero, que su oración fúnebre consistió en una especie de alegato contra la filosofía reaccionaria de Sa-

vigny.<sup>6</sup> Marheinecke escribirá un violentísimo libelo contra el viejo Schelling cuando a éste le llamen de la Universidad de Berlín para combatir la influencia póstuma de Hegel.<sup>7</sup>

A Marheinecke se le suele situar entre los «viejos hegelianos» o «hegelianos de derechas»: los que, oponiéndose a los «hegelianos de izquierdas» radicales o «jóvenes hegelianos», se esfuerzan, después de la desaparición del maestro, por mantener o acentuar el aspecto religioso y conservador de su doctrina. Pero hay que aclarar una cosa: esta distinción de «derecha» e «izquierda» sólo puede entenderse en *el interior* de la escuela hegeliana, pues ésta se sitúa por completo «a la izquierda» respecto a la ortodoxia religiosa y al absolutismo monárquico. Para ambos, todo hegelianismo es sospechoso y reprochable.

En su libelo contra Schelling, Marheinecke se esfuerza por demostrar, tal vez contra toda evidencia, que la filosofía de Hegel se concilia mejor que la de Schelling con la religión cristiana. En cierto modo, «recupera» a Hegel en beneficio de «la derecha». Pero desconfiemos de ese punto de vista simplificador, pues también combate al «derechista» Schelling. Así y todo se produce, en un contexto singular, este curioso espectáculo: los que tratan de llevar a Hegel a la derecha y los que quieren situarle a la izquierda, están de acuerdo en una misma lucha contra el poder, contra la derecha política establecida y contra la ortodoxia reinante. Para refutar el antihegelianismo de Schelling, Marheinecke no vacila en referirse a las publicaciones más audaces de los «jóvenes hegelianos» más extremistas: Bruno Bauer, Friedrich Strauss e incluso Friedrich Engels.<sup>8</sup> Moviliza a esos descreídos en defensa del cristianismo hegeliano.

Sin ser ni un rebelde ni un extremista, pero sí un hegeliano, el rector Marheinecke tampoco podía pasar por uno completamente puro, según el criterio de las autoridades prusianas, y hubiera sido fácil convocar aquel día para ocupar su lugar a un teólogo más ortodoxo y mejor visto en la corte. Pero éste, ¿hubiera consentido en hacer el elogio de Hegel?

Marheinecke sólo pronunció palabras aparentemente triviales, al menos para nuestros oídos del siglo xx. Su interés estribaba en su personalidad: el discurso de un pastor sobre la separación del alma y del cuerpo, sobre la elevación solitaria y bienaventurada del espíritu dejando caer el cuerpo a tierra. Los estudiantes de Hegel sabían que el filósofo no había creído en nada de todo eso. Los amigos presentes, a los que él mismo había mostrado su solidaridad con ocasión de algún duelo, como por ejemplo Heinrich Beer, no ignoraban que en estas circunstancias se abstenía de hacer toda alusión a la inmortalidad del

alma individual, a la existencia de un dios personal, a la oportunidad de cualquier oración... (C<sup>3</sup> 299-300).<sup>9</sup>

Pero al lado de la inmortalidad celestial el orador puso todo el énfasis también en la inmortalidad terrena, sin duda más afín al filósofo: sus obras permanecerían grabadas en el espíritu y en el corazón de la posteridad.

Marheinecke elogió «la fuerza de su espíritu, tal como se transparentaba en toda su persona, afable, amistoso, cordial; tal como se manifestaba en su manera de pensar, noblemente elevada; tal como se veía en la pureza y la amabilidad, en la grandeza tranquila y en la sencillez infantil de su carácter...».<sup>10</sup> De este modo describía muy bien la personalidad de Hegel. Pero dejaba algunos rasgos en la sombra. ¿Cordialidad y amabilidad? Sí, pero no siempre. Con lo de la «sencillez infantil» Marheinecke va demasiado lejos. Más de uno debió de sonreír furtivamente al oírle.

Tal vez la irritación siguió a la sonrisa cuando hizo el elogio «de un talante gracias al cual Hegel se reconciliaba fácilmente con todo prejuicio (*Vorurteil*), con tal de ser debidamente conocido». Elogio ambiguo. Desde luego, las obras de Hegel no testimonian semejante mansedumbre para con lo que el filósofo creía, con razón o sin ella, que eran simples prejuicios. Los refutaba y los combatía con el máximo rigor. Al sugerir esta falsa idea de «reconciliación», Marheinecke participa claramente, tal vez sin darse cuenta, en una tentativa de interpretación unilateral: según eso, Hegel al final de su vida se habría «acomodado» a la situación política y religiosa prusiana, aceptando todas sus implicaciones, entre ellas los «prejuicios». Lo menos que se puede decir es que si Hegel se «reconcilió» verdaderamente con los prejuicios, seguro que éstos nunca se reconciliaron con él.

El segundo orador lo demostró cumplidamente, aunque tomando las precauciones mínimas, por aquello de la censura, la policía y la justicia, instituciones con las que tiempo atrás había tenido serios problemas.

Gran parte de los asistentes debió de sentirse sorprendida al ver avanzar y acercarse al féretro de Hegel a aquel personaje inesperado: Friedrich Förster. ¿Quién le había elegido? ¿Por qué él? El público, desde luego, esperaba oír a un filósofo pronunciar las últimas palabras ante la tumba del filósofo eminente. Y la mayoría, y en particular los estudiantes, esperaban que fuese Gans. ¿Acaso así la provocación hubiese sido demasiado insolente? Los filósofos discípulos de Hegel, sin estar tan comprometidos como Gans, ya habían sufrido la represión, y estaban bajo sospecha. ¿Les pidieron que hablase? ¿Qué acuerdos tomaron? Lo ignoramos todo.

Por supuesto, Förster era amigo de Hegel. Valeroso combatiente de las guerras de liberación nacional, ocasionalmente poeta y, sobre todo, historiador de Prusia, se había enfrentado con el aparato represivo monárquico. Después de haberse moderado un tanto, al menos en sus intervenciones públicas, fue objeto de la clemencia del rey. Antiguo profesor de la Escuela de la Guerra, se le había prohibido la enseñanza, pero concediéndole un puesto oficial «alimenticio», y continuando en privado sus trabajos de historiador. Participó modesta y un poco marginalmente en la primera edición de las obras completas de Hegel publicadas por «los amigos del difunto» (1832-1845).<sup>11</sup> No se le podía considerar como un cómplice del despotismo prusiano.

No era un filósofo. Cuando Rosenkranz establece la lista de los discípulos de Hegel, no incluye ni a Schulze ni a Förster. En sus obras históricas este último apenas se inspira en el hegelianismo.

Como ningún filósofo pudo o quiso tomar la palabra junto a la tumba de Hegel, fue Förster quien pronunció el último adiós. Si esta personalidad sorprende en una circunstancia como ésta, ¿qué decir de su discurso? La mayor parte de los biógrafos se abstienen de hablar de él. Los que lo mencionan subrayan su «extravagancia», el tono «excesivo» de las fórmulas empleadas.<sup>12</sup> Aluden a la intensa emoción que hace perder la cabeza al desconsolado amigo. No se preocupan por buscar otras causas a algo que asombra. Vamos a intentar descubrirlas ciento setenta y cinco años después de la muerte de Hegel.

A priori creemos que hay que descartar que un hombre como Förster, habitual de los campos de batalla, resulte mentalmente conmocionado por una muerte, aunque sea la de su amigo más entrañable, y se abandone a «excentricidades» en un cementerio. Aunque su discurso pueda parecer «excesivo» a unos oyentes ordinarios o a historiadores poco curiosos.

Veamos los motivos de tanto asombro: con la excusa de lo que queda de verdor en los robles y abedules de un cementerio berlinés, Förster llama a Hegel «cedro del Líbano». También, «laurel que adornaba la ciencia de su corona» y «estrella del sistema solar del espíritu mundial» (R 562-563).

Estas imágenes no deben nada al hegelianismo, pero no acuden por casualidad a los labios de Förster, ni él las evoca por ligereza ni a impulsos de una frivolidad desplazada.

De hecho, basta con hojear hoy algún diccionario dedicado a la francmasonería para descifrarlas. El «cedro del Líbano» es «el tema esencial del vigésimo segundo grado del Rito Antiguo y Aceptado (Caballero Real Hacha)»; «Líbano» es «la consigna» de este grado; el cedro figura

en el mandil del masón de este grado, al que se le llama además «Príncipe del Líbano»...<sup>13</sup> Förster nos da aquí una señal de reconocimiento.

El «árbol» es, en el cuarto grado de este rito, «el símbolo de la victoria que hay que conseguir sobre uno mismo», que ilustraría bastante bien la conversión de Förster al hegelianismo. El «laurel» y la «corona de laurel» también son característicos del vigesimosegundo grado escocés. En cuanto a la «estrella», muy usual en la masonería, el mismo *Diccionario* precisa que pocas veces guarda relación con el sistema solar, salvo en el grado vigésimo del mismo rito.<sup>14</sup>

¡Qué acumulación de coincidencias! Es posible que los masones allí presentes no esperaran tanto. En cuanto a los «profanos», no pudieron por menos de maravillarse del estilo poético, incoherente e incongruente de Förster. Los masones guardaron el «secreto». Los profanos no se hicieron demasiadas preguntas. Pero, después de eso, ¿cómo contentarse con una explicación puramente interna de los textos?

La Gran Logia de Berlín pertenecía efectivamente al rito del Royal York. Fichte, a quien Förster no deja de citar por su nombre, se afilió a ella en 1799, después de haber sido iniciado en 1794 en Rudolfstadt.<sup>15</sup> Hay historiadores que califican esta logia de «cristiana y conservadora»,<sup>16</sup> pero en la época de Hegel estos términos tenían acepciones muy variadas y a veces con sentidos opuestos. En 1831, al hacer tales alusiones, ¿intenta Förster una especie de *captatio benevolentiae* de las autoridades? De hecho, la masonería, a pesar de la cambiante diversidad de sus tendencias internas y a despecho de ciertas «adaptaciones» acá y allá, por lo común en estas fechas resultaba inquietante. En el Congreso de Viena, Metternich propuso su prohibición universal, contra Hardenberg, que estaba a su favor.

En Berlín, la policía y la justicia consideraban enemigos a todos los que formaban parte de sociedades secretas, y la masonería se relacionaba a veces con asociaciones subversivas.

No es fácil establecer las relaciones de la masonería con la monarquía prusiana (Federico Guillermo III era oficialmente uno de sus miembros), ni las relaciones de Hegel con la masonería. Estos vínculos constituyen un rasgo de su comportamiento cuya importancia no es desdeñable, pero que tampoco hay que exagerar. Carecemos de los estudios preparatorios. Ojalá los masones o los buenos historiadores de la masonería examinen con competencia el caso de Hegel, del que ya existen pruebas. Por boca de Förster la masonería manifiesta su orgullo de haber contado a Hegel entre sus miembros.

Un plan preciso domina el discurso «extravagante» de Förster. Consta de tres partes: después del exordio masónico viene un desarro-

llo cristiano que se remata con una conclusión filosófico-política. Muchas opiniones que hoy nos parecen bastante anodinas producían entonces efectos explosivos. El orador se esfuerza en proceder por alusiones, usa circunloquios, y para cada una de sus tímidas audacias ofrece compensaciones retóricas. Sin lo cual eran de temer represalias.

La segunda parte de la alocución de Förster se refiere al cristianismo de Hegel, y completa, en este aspecto, el discurso de Marheinecke. ¿Discurso de circunstancias? Ante la tumba de Hegel, y precisamente en circunstancias históricas delicadas, el público está atento a la menor alusión, espera una declaración reveladora. Imagina bajo las palabras pronunciadas ideas en las cuales el orador tal vez ni siquiera ha pensado. Éste se da cuenta de las expectativas, y ha de obrar con mucha cautela para evitar cualquier equívoco o una calumnia fácil.

En lo concerniente a la religión, Förster parece haber tomado todas las precauciones, a juzgar por el texto publicado de su discurso. ¿Tal vez fue incluso demasiado prudente, por no atreverse a llegar a las audacias más conocidas de Hegel? En realidad, sabía muy bien que hasta sus silencios serían objeto de interpretaciones tendenciosas. Los adversarios de Hegel, que eran los mismos que los de Förster, exploraron los menores pretextos y, cuando no, los inventaron.

Al día siguiente de las honras fúnebres, Menzel, el envidioso y solapado escritor, acusó a Förster de haber identificado en su discurso a Hegel con el Espíritu Santo:<sup>17</sup> «Menzel combatía el racionalismo, sobre todo a Paulus y a Voss, pero también la filosofía hegeliana, que él oponía a la de Schelling, y sobre todo a Goethe, considerado como «el primer corruptor de la época».<sup>18</sup> Börne le dedicó un libro titulado: *Menzel, el devorador de franceses (der Franzosenfresser)*.

Extraordinario grupo de grandes personalidades alemanas honradas con esta hostilidad: Goethe, Hegel, Paulus, Voss...

Menzel recoge en esta ocasión una crítica muy extendida: en su filosofía Hegel había cometido el sacrilegio de identificar al hombre con Dios.

En el texto publicado de Förster leemos esta frase: «¿Acaso no ha sido él [Hegel] quien ha reconciliado al incrédulo con Dios, enseñándonos a reconocer debidamente a Jesucristo?» (R 565). Estas palabras de Förster pueden respaldar la autenticidad del cristianismo de Hegel, pero también pueden entenderse, con mala intención, en un sentido contrario. ¿Qué es para un incrédulo «reconocer debidamente a Jesucristo»? He ahí las bobadas por las que se luchaba, y con las cuales un filósofo ponía en juego su reputación, su trabajo, su libertad y a veces incluso su vida.

Las autoridades y el público tomaban todo eso muy en serio. Menzel atribuye a Förster otro lenguaje distinto al que se supone que empleó. O sea que, o lo imagina, pura y simplemente, y profiere una acusación calumniosa, o Förster dijo otra cosa distinta a la que preveía el texto publicado y sometido a la censura previa. También a veces la entonación desempeña un papel modulador.

Lo que parece apoyar la suposición de que dijo algo distinto a lo que se escribió es el extraño testimonio introducido en la disputa por David Friedrich Strauss. Éste avaló la ortodoxia religiosa de la declaración de Förster y, en consecuencia, del pensamiento de Hegel. Strauss representa, entre los innumerables discípulos heréticos o irreligiosos de Hegel, una especie de caso extremo. Será el escandaloso comentarista ateo de los Evangelios. Y fue él, discípulo de Hegel en un principio, quien, oponiéndose a un crítico «integrista», confirma la pureza religiosa del pensamiento del difunto. Respondiendo a las perfidias de Menzel, asegura que Förster no identificó a Hegel con el Espíritu Santo, sino que solamente los «comparó».<sup>19</sup>

Pero ¡oh sorpresa! La comparación alegada por Strauss no se encuentra en el discurso publicado de Förster, como tampoco la identificación denunciada por Menzel. Para ser más precisos, ni la idea ni la expresión «Espíritu Santo» aparecen aquí. Hay que admitir, pues, que la publicación no reproduce con exactitud las palabras pronunciadas en el cementerio. Sin duda el orador se permitió algunas variaciones. Para justificar su defensa, Strauss subraya el hecho de que él asistió a las exequias de Hegel, y que oyó con sus propios oídos a Förster. Está claro que esta garantía de autenticidad cristiana, presentada por un testigo como éste, no debía de impresionar mucho a los creyentes puntillosos... Nadie juzgó oportuno confirmar lo dicho ni en un sentido ni en otro. Pero este silencio basta.

Si lo leemos atentamente, el texto de Strauss no deja de transparentar un notable embarazo. Para reforzar su argumentación, el autor analiza la frase atribuida a Förster. En ella trata de distinguir dos partes, como solían hacerlo los oyentes del propio Hegel. Concede que la primera parte podría inquietar a los creyentes, aunque desde este punto de vista hoy el asunto se nos escapa por completo. ¿Qué hay de «inquietante» en la tesis de que «reconcilió al incrédulo con Dios»? ¿Hay que entender que Hegel «reconciliaba» a los incrédulos con Dios sin que ellos dejaran de ser incrédulos, ofreciéndoles así, por medio de una explicación especulativa, mejores razones para seguir siéndolo? Nos parece que es interpretar muy sutilmente una fórmula de Förster.

En cualquier caso, Strauss, admitiendo el carácter inquietante de la

primera parte de la frase, se desquita con la segunda, que ha de tranquilizar al lector. Como él mismo dice: «pero se añade de inmediato: enseñándonos a reconocer debidamente a Jesucristo».<sup>20</sup> El lector actual no experimenta ni la inquietud de la primera parte de la frase ni la tranquilidad que se supone que aporta la segunda. ¡Qué virulenta debía de ser la sospecha teológica, y qué mezquinas las autoridades, para que una breve frase oscura que hoy no llama la atención a nadie pudiese suscitar una polémica tan acerba! Así era el mundo intelectual, religioso y político en el que Hegel tuvo que vivir, pensar, enseñar y publicar.

Como suele hacerse, Förster reservaba lo peor para el final. Su estilo, hasta entonces descriptivo y «exaltado», adquiere de pronto un ardor polémico. Los términos que empleó eran particularmente chocantes en la singular situación política del Berlín de 1813. Es una llamada al combate lanzada por un hombre al que aureola una reputación de guerrero.

¿Se ha oído alguna vez una arenga parecida junto a la tumba de un filósofo que se considera a veces como pasivo, contemplativo y puramente especulativo? Para animar a los fieles, Förster lanza un reto a los enemigos, y en qué tono: «Venid, pues, fariseos y doctores de la ley, que ignorantes y presuntuosos le ignoráis y le calumniáis, nosotros sabremos defender su gloria y su honor. Venid, necedad, sinrazón, cobardía, apostasía, hipocresía, fanatismo. Venid, mentalidad servil y oscurantismo, no os tenemos miedo, porque su espíritu será nuestro guía» (R 556).

Ni una palabra contra la irreligión, el panteísmo, el ateísmo, el constitucionalismo, el liberalismo, los espectros cotidianos conjurados por las autoridades y la gente de orden de Berlín.

He ahí el verdadero Espíritu Santo que Förster invoca, el espíritu de Hegel. No es un discurso fúnebre, es la llamada a la cruzada. Se trata de anunciar a todos la buena nueva hegeliana: «Que nuestra misión sea a partir de ahora preservar, anunciar (*Verkündigen!*), confirmar su doctrina». Según el optimismo profético y patriótico de Förster, la «ciencia alemana», tal como Hegel «la había fundado en el curso de largas noches de laboriosa vigilia, iba a conquistar el reino del espíritu en el mundo entero».

Esta provocación se explica por una violenta polémica que en aquellos días estaba de actualidad. Förster respaldaba el partido del hegelianismo, la nueva filosofía especulativa, religiosa, política, muy diferente de las doctrinas ya superadas que intentaban sobrevivir.

Mezclaba hábilmente, y sin duda con sinceridad, a la manera de la

*Burschenschaft*, la corporación de estudiantes, el impulso intelectual innovador y una exaltación patriótica ferviente, un «germanismo» del que el propio Hegel siempre había desconfiado. Pero gracias a él transmitía el mensaje esencial, que la mayor parte de sus oyentes supieron recoger, a juzgar por el destino próximo del hegelianismo.

Intervenía en lo que ya no era una discusión, sino una guerra: se habían disputado los restos mortales del maestro, a partir de ahora iban a pelear durante años por su doctrina, por sus opiniones más o menos conocidas, más o menos fielmente interpretadas. No quedará gran cosa de la «benevolencia», de la «sencillez infantil» del filósofo. En el campo de batalla no tardará en atacarse, bajo su égida, el «servilismo», el «oscurantismo» en los cuales va a sumirse cada vez más la capital de Prusia.

De hecho, los hegelianos fieles tuvieron muy pronto que defender la memoria del maestro contra ataques surgidos de todas partes, en la confusión, las divergencias, la precariedad. Aunque de un modo muy moderado, Förster lo daba a entender: la vida de Hegel en Berlín no había sido idílica: «Vimos a menudo en sus ojos las lágrimas de la tristeza y el dolor» (R 564).

Sin duda, otros hegelianos no hubieran dicho todo eso mejor que Förster. Se requería también el valor de esta profesión de fe. Era urgente disipar las dudas causadas por la obligada discreción. En Berlín el poder no adoptaba la filosofía de Hegel, sino, por el contrario, precisamente la de sus adversarios teóricos y prácticos. El hegelianismo sólo tenía éxito en un exiguo ambiente de intelectuales, y las autoridades preparaban su contraofensiva también en este terreno. Lo reprobaban cada vez de forma más severa, atribuyéndole la responsabilidad de las doctrinas subversivas que tenían su origen en él y que se iban extendiendo.

Su actitud respecto a la muerte de Hegel se entiende mejor comparándola con la que adoptaron con su discípulo Eduard Gans, cuando éste desapareció prematuramente unos años después, en 1839.

El entierro de Gans –personalidad distinta, circunstancias muy diferentes– dio ocasión a una manifestación liberal más evidente y más enérgica. El cólera ya no impedía que se congregaran multitudes. Gans se había comprometido políticamente de una manera más abierta y más notoria que Hegel.

Varnhagen von Ense, uno de los escasos contemporáneos que dejaron un comentario escrito acerca de la muerte de Hegel, era también amigo de Gans. Cuando éste desapareció, anota en su *Diario*: «En la corte están muy contentos de que Gans haya muerto. Por fin se han desembarazado de él».<sup>21</sup>

Salvando las distancias, la corte debió de sentir un alivio semejante cuando murió Hegel. El rey, la corte y su gobierno se proponían sepultar su doctrina en el olvido, como habían sepultado su cuerpo en la tierra. El discurso de Förster les hizo advertir cierta resistencia. Llamaron a la Universidad de Berlín para borrar la influencia de la filosofía de Hegel en la misma cátedra en la que se había ilustrado a uno de sus representantes más obtusos.<sup>22</sup> Como eso no bastó para desacreditarlo, entonces hicieron venir a un enemigo declarado, al más famoso, al más prometedor: a Schelling.

Como dirá más tarde Marheinecke en su diatriba antischelliniana, «esperaban de la ascensión de esta estrella de primera magnitud la ruina (*Untergang*) de la filosofía hegeliana».<sup>23</sup> Alegrándose del fracaso de la tentativa de Schelling, Marheinecke comprueba la decepción y la amargura de los absolutistas. En 1843 sigue reivindicando a favor del hegelianismo «la libertad de pensamiento y de enseñanza», a la que considera que Schelling se opone. Este hegeliano, arbitrariamente juzgado de «derechas», se alegra de la persistencia y de la expansión de la filosofía de Hegel, y proclama que «la policía y la justicia no podrán nada contra ella».<sup>24</sup>

Filósofo sin declaración filosófica última, cristiano controvertido, francmasón descubierto, pensador de quien las facciones opuestas se disputan la incierta memoria: a la salida del cementerio, los colegas, los estudiantes que le habían tratado debían de preguntarse cuál había sido, pues, la vida de Hegel. Por una vez, al caer la noche, el ave de Minerva dudaba antes de levantar el vuelo.